

A fondo

EL TRIGO DURO PIDE AYUDA

El trigo duro pierde terreno en Aragón porque la decisión de Bruselas de desvincular las subvenciones a la producción le ha restado atractivo frente a la mayor rentabilidad de otros cereales. Su retroceso ha sembrado la preocupación no solo en el campo, sino también en las empresas de semillas y en las fábricas de sémola o de pastas. Ahora, todos a una defienden el regreso de estas ayudas, sobre todo a la calidad.

ES un cultivo tradicional en Aragón. El trigo duro llegó a ocupar en la comunidad más de 200.000 hectáreas, sobre todo en los secanos más áridos de la provincia de Zaragoza. Y en torno a él se desarrolló todo un entramado empresarial, desde la producción hasta la transformación y comercialización, capaz de generar ese valor añadido que tanto se le exige al sector primario.

Aragón no solo ha podido presumir por la cantidad de hectáreas cultivadas, sino también por la calidad de sus cosechas (aunque los rendimientos son mucho menores que en otros cultivos cerealistas). Sus productores se han organizado en potentes cooperativas, que han sabido no solo comercializar sino también realizar las primeras transformaciones del grano.

La comunidad aloja además a algunas de las más importantes empresas dedicadas a la producción de semilla certificada -aquella que cumple los requisitos de calidad establecidos en la legislación- y en ella se encuentran también tres de las cinco empresas españolas de semolería (Arento, Harinas Villamayor y Harinas Tardienta) que tienen instaladas cuatro de las ocho fábricas transformadoras que existen en todo el país: dos del grupo cooperativo Arento situadas en Tauste y Daroca (Zaragoza), otra de Harineras Villamayor en Plasencia del Monte (Huesca) y una cuarta de Harinera de Tardienta localizada en el municipio oscense del mismo nombre. Y todas ellas han realizado un destacado esfuerzo inversor para dotar sus instalaciones de la dimensión más eficiente y de un nivel tecnológico avanzado que les permite atender satisfactoriamente tanto el mercado español como el internacional.

Para cerrar el círculo (económico), la comunidad aragonesa alberga una de las industrias líderes en España en la elaboración de pastas alimenticias. Pastas Romero es una histórica empresa familiar instalada en la localidad zaragozana de Daroca desde 1927 que comercializa más de 43.000 toneladas anuales de pasta seca. Exporta desde los años 90 a más de 30 países de todo el mundo y no ha dejado de invertir en los últimos y complicados años de crisis para adaptarse a las exigencias del mercado con nuevas tecnologías y novedosos productos.

Hay otras cifras que dan buena cuenta de la importante aportación económica del trigo duro a la economía aragonesa. La superficie ocupada en la comunidad aragonesa

por este cereal supone el 30,5% del total cultivado en España y su producción (que genera un valor comercial superior a los 69 millones de euros) representa el 26,2% del total nacional. Solo en primera y segunda transformación (sémola de trigo y pasta, respectivamente) la facturación alcanzada supera los 200 millones de euros y el empleo generado ronda los 300 puestos de trabajo.

Todo este (idílico) escenario ha comenzado a tambalearse con el preocupante retroceso que el cultivo ha sufrido en Aragón en los últimos años. De aquellas 234.000 hectáreas que llegó a ocupar este cereal, apenas quedan 111.000, un descenso que no se ha frenado en los últimos años. Todo lo contrario. Desde 2008, el campo aragonés ha perdido más de 60.000 hectáreas de cultivo, según reflejan los datos de superficies de herbáceos declaradas en las solicitudes de la PAC.

Reforma de la PAC

El motivo hay que buscarlo en Bruselas. En 2003, la reforma de la Política Agraria Comunitaria introdujo por primera vez el polémico y ahora tan criticado desacoplamiento de las ayudas. Un término que significaba nada más y nada menos que las subvenciones directas a los agricultores dejaban de estar vinculadas a la producción y pasaban a formar parte de un pago único (referenciado a derechos históricos) para cuyo cobro no se exigía producir o retirar tierras de cultivo de ese fin, sino simplemente contar con una explotación agraria. Hasta la campaña de 2010 en España la ayuda acoplada en las zonas tradicionales era de 71,25 euros por hectárea.

El objetivo de la Comisión Europea era orientar las producciones al mercado y no condicionar con subvenciones unas u otras siembras. Pero esta decisión ha sido perversa para el trigo duro, que vio además cómo en el llamado 'chequeo médico' que se realizó en 2008 a la PAC, este cereal perdía la prima específica (40 euros por hectárea), una ayuda que se había introducido con la reforma anterior para fomentar la calidad del trigo duro en zonas tradicionales de cultivo, entre ellas, por supuesto, España.

«Los agricultores han ido dejando de cultivar trigo duro porque es más caro y en su lugar han optado por las cebadas que resultan más competitivas por sus mayores rendimientos y su precio», explica Pedro Naudín, productor, presidente del grupo cooperativo Arento y representante sectorial

de herbáceos de Cooperativas Agroalimentarias de Aragón.

Naudín advierte que esta situación podría llegar a reducir el cultivo de trigo duro a la mínima expresión y poner en riesgo todo el valor añadido que genera este cereal desde su misma siembra. Y es que si el primer eslabón de la cadena (la producción) se resquebraja, todos los demás irán detrás, lamenta este agricultor y cooperativista.

De hecho, el descenso de superficie ya ha tenido un negativo impacto en la industria productora de semillas certificadas, ya que con la supresión de la prima de calidad desapareció también la exigencia de utilizar el 100% de semilla certificada. Fernando Bagüés, de la empresa Agromonegros y presidente del grupo de cereales de la Asociación profesional de empresas productoras de semillas selectas (Aprose), explica que las ventas de este tipo de simiente han caído en los últimos diez años casi un 80% en España, un porcentaje similar al registrado en Aragón. El peligro, insiste Bagüés, no es solo el negativo efecto que este descenso ha provocado en la cuenta de resultados de las empresas, o la paralización que han sufrido los planes de investigación sino, y sobre todo, la pérdida de calidad (léase diferenciación) de las cosechas.

Una única demanda

No son ajenas a esta situación las empresas semoleras, «cuya competitividad está estrechamente ligada al cultivo de trigo duro», asegura el director general de la asociación española de fabricantes de harinas y sémolas (AFHSE), Ramón Sánchez, que advierte que si la industria tiene que importar este cereal dejará de ser competitiva. Más, teniendo en cuenta que nuestros vecinos y competidores -Francia e Italia- no solo han mantenido la prima a la calidad sino que es muy previsible que sigan conservándola tras la nueva reforma de la PAC. Lo corrobora también Luis Villamayor, vicepresidente de esta organización y responsable de la empresa oscense Harineras Villamayor, que ve peligrar su mercado internacional (del que procede el 20% de su facturación). «No será rentable importar el trigo duro para transformarlo aquí en sémola y después volver a exportarlo», dice.

Una preocupación muy similar es la que manifiesta el director general de Pastas Romero. Más del 80% de la sémola con la que esta industria produce sus pastas alimenticias procede del trigo duro que se recoge en los campos aragoneses. Por eso, Francisco Romero asegura que si no se recupera la ayuda, mientras otros productores la siguen cobrando, «no podremos competir en igualdad de condiciones en el exterior».

Toda la incertidumbre (e incluso alarma) que ha generado a lo largo de todo el sector el paulatino retroceso del cultivo se ha unido en torno a una sola demanda: que se aproveche la posibilidad que ofrece la nueva reforma de la PAC para devolver al trigo duro la ayuda acoplada que garantiza su pervivencia (e incluso expansión) y asegure la calidad que genera valor añadido en todos y cada uno de los eslabones de su cadena.

CHUS GARCÍA

AGRÓNOMOS

«Se producirá una distorsión si otros países mantienen las subvenciones»



Cultivos de trigo duro. HERALDO

Desde el Colegio Oficial de Ingenieros Agrónomos de Aragón, Navarra y País Vasco, José Antonio Guzmán recuerda que fue la decisión de Bruselas de orientar las producciones al mercado la que ha terminado por conducir a los agricultores aragoneses hacia otros cultivos más rentables y menos costosos que el trigo duro, provocando un retroceso de este cereal que se cifra ya en 60.000 hectáreas.

«¿Se puede resentir más?», se pregunta Guzmán, que a renglón seguido contesta que es difícil de predecir. De lo que se muestra seguro es de que el restablecimiento de una ayuda acoplada volvería a incentivar este cultivo histórico cuyo desarrollo aprovechó con éxito la industria de transformación.

Pero Guzmán añade un matiz. «Depende de la ayuda. Cualquier cantidad no solucionará el problema, por lo que tendría que ser un montante lo suficientemente interesante como para que el cultivo sea rentable y atractivo para los agricultores», señala este ingeniero agrónomo, que reconoce que, de momento, este cereal no figura entre las producciones que Ministerio de Agricultura ha señalado como posibles perceptores de las ayudas acopladas que permite la reforma de la PAC.

Guzmán señala que habría otra alternativa para intentar impulsar este cultivo: «Que sea el propio mercado el que retribuya el producto, vía precio». Pero advierte que la principal amenaza para todos los agentes implicados en la cadena de valor del trigo duro es que España desestime la posibilidad de conceder un pago acoplado y no suceda lo mismo en otros países como Francia e Italia. «En ese caso -matiza- se producirá una peligrosa desventaja competitiva».

AGRICULTORES

«Es posible recuperar las ayudas porque no es necesario un desembolso elevado»



Recolección de la cosecha. R. G.

Los agricultores aragoneses insisten en que la desaparición de la prima de calidad al trigo duro (40 euros por hectárea) hizo que este cultivo fuera menos rentable que la siembra de otros cereales como la cebada. Sus rendimientos son menores –entre 2.200 y 2.500 kilos por hectárea en trigo frente a los 2.400 a 2.700 en cebada– y además sus exigencias productivas implican un mayor coste. Por eso, justifican que, a pesar de ser conscientes del valor añadido que se consigue con este cultivo, la falta de incentivos les ha hecho apostar por otros cereales más competitivos en precio.

Sin embargo, desde Arento, grupo cooperativo aragonés, se defiende con insistencia la necesidad de recuperar las ayudas que propiciaron que el trigo duro llegara a ocupar 200.000 hectáreas en los más áridos secanos de la provincia de Zaragoza, en los que se consiguieron cosechas de gran calidad. «Es uno de los cereales cuyo único destino es la alimentación humana», recuerda el presidente del grupo cooperativo aragonés y representante sectorial de herbáceos en Cooperativas Agroalimentarias de Aragón, Pedro Naudín, que insiste en el alto grado de especialización, diferenciación e investigación que Aragón ha alcanzado con este cultivo.

En su opinión, recuperar estas ayudas, a través de los porcentajes de acoplamiento que permite la reforma de la PAC en cada país miembro, no es tan complicado ni supone un elevado montante de dinero, por lo que no sería necesario restar en exceso fondos destinados a otras producciones. «Hay distintas fórmulas, entre ellas establecer una prima para un número determinado de hectáreas», señala Naudín, que asegura que, como sucede con otros incentivos habilitados para impulsar la producción de otros sectores (por ejemplo el automóvil) dichas ayudas no son un subsidio que se queda en el bolsillo del agricultor sino que tiene un efecto multiplicador y genera riqueza y empleo, tanto en el eslabón productor como en el transformador (tanto de sémolas como de pasta).

SEMILLEROS

«Si no hay incentivos se convertirá en un cultivo marginal»



Semillas de trigo duro. HERALDO

El retroceso del trigo duro en los campos aragoneses ha hecho caer en picado las ventas de semillas certificadas, más si se tiene en cuenta que la prima a la calidad que se daba a este cultivo tenía como requisito indispensable la utilización de dichas semillas. Las cifras son elocuentes. Como explica Fernando Bagüés, de la firma aragonesa Agromonegros y presidente del grupo de cereales de Aproz (organización que integra a dichas empresas) en 2003, en pleno auge de siembra de trigo duro, se comercializaron en España 211.000 toneladas de semillas. Este año, apenas se han vendido 46.000 toneladas. Los datos no son más positivos en Aragón, donde la venta de semillas certificadas ha pasado en una década de las 32.000 toneladas a 5.600.

Bagüés advierte que esta situación no solo se deja sentir en la cuenta de resultados de estas empresas. También pierde la investigación. «Muchos de los planes de mejora varietal tienden a paralizarse o desaparecer porque con estas cifras no se puede rentabilizar la inversión que hay que realizar», destaca el representante de Aproz. Y, sobre todo, –insiste Bagüés– lo que se lleva la peor parte es la cosecha, ya que «cuanto menor es la calidad de la semilla utilizada, peor es el producto que se va a recoger». Todo unido provoca un nada halagüeño escenario que, en opinión del representante de Agromonegros, pone en riesgo todo el valor añadido que hasta hace unos años generaba una producción histórica que, sin incentivos que lo remedien, va camino de convertirse en un cultivo marginal en Aragón.

Para evitarlo, Bagüés advierte que «no hay que inventarse nada, hay resquicios en la nueva PAC para habilitar estas ayudas».

SEMOLERAS

«Sin trigo duro las semoleras no podrán trabajar. Importar no es rentable»



Instalaciones de Harinera Villamayor. R. G.

La pervivencia del cultivo de trigo duro en España es indispensable para la industria semolera. Lo dice el director general de la asociación española que integra a estas fabricantes (AFHSE), que insiste en que el futuro de las firmas de primera transformación dependerá del camino que tome este cereal. «Si no hay trigo duro en España las semoleras no podrán trabajar. La importación no será rentable», insiste Ramón Sánchez, que detalla que tres son los motivos por los que es imprescindible que el cultivo vuelva a recuperar la prima a la calidad. El primero, para mantener las hectáreas; el segundo, para garantizar la calidad, porque ya se ha dado la situación de que a pesar de haber cosecha suficiente para las necesidades de las semoleras estas han tenido que traer la materia prima del exterior por la falta de calidad en el producto español. Y tercero –y no menos importante–, porque España no es una isla y sus producciones –de trigo, de sémola o de pasta– no serán competitivas frente a los productos franceses e italianos que sí han mantenido esta ayuda.

También el vicepresidente de esta asociación y propietario de una de las cuatro semoleras instaladas en Aragón, Luis Villamayor, reclama el apoyo de las administraciones para incluir este cereal en la ayuda asociada voluntaria de la PAC «donde hay un margen a día de hoy no asignado del entorno del 2%», recuerda. Villamayor lanza además un mensaje al Ejecutivo de Luisa Fernanda Rudi. «Aragón produce alrededor del 30% del trigo duro en España y su Gobierno debe ser especialmente activo en la defensa de este cultivo pues de él depende una gran industria de transformación, con una gran tradición y que permite aportar un enorme valor añadido al campo aragonés», destaca. El responsable de Harinas Villamayor muestra también su preocupación por el negro futuro que, por la falta de incentivos, le espera al trigo duro ecológico, un cultivo con un reducido rendimiento por la climatología, pero con el que se elaboran sémolas ecológicas y para alimentación infantil de gran calidad y con potencial internacional.

INDUSTRIAS

«Sin la ayuda no se podrá competir en calidad ni en precio en el exterior»



Instalaciones de Pastas Romero. A. A.

Aragón cuenta con una de las más importantes industrias de pasta de España, Pastas Romero, situada desde 1927 en la localidad zaragozana de Daroca. En esta empresa familiar, alrededor del 85% de la sémola de trigo duro de la que se abastece para la fabricación de sus productos procede de los campos aragoneses. Eso explica la preocupación de los propietarios de esta firma familiar, que participa también en Nutrigril –grupo semolero de Arento– por la pérdida de superficie que este cereal ha experimentado en los últimos años. «Nos afecta de una manera fundamental y muy importante», destaca el director general de la empresa, Francisco Romero, que explica que disponer de la materia prima en un radio de 150 kilómetros ahorra costes y propicia sinergias, especialmente en el transporte.

Pero no solo eso. Romero recuerda que con la reforma de la PAC en España se perdió la prima a la calidad que tenía este cultivo, pero no sucedió lo mismo en Italia o Francia, los otros dos grandes países productores y competidores. «La consecuencia es que cuando nuestros productos salen al exterior lo hacen en desigualdad de condiciones, tanto en calidad como en precio, porque esa ayuda permite vender más barato», detalla.

Para el director general de la firma darocense, el futuro del cultivo y de toda la industria que gira en torno a la producción de trigo duro pasa inexorablemente por recuperar las ayudas acopladas. Y lanza un aviso a navegantes: «Hay otras producciones a las que las administraciones dedican más atención, como puede ser el aceite o el vino, pero en Aragón este cereal es fundamental, histórico, aporta valor añadido y genera riqueza y empleo».